EN TORNO A ALBERT CAMUS

DOS REFLEXIONES Y UN REQUIEM

POR

JOSE JULIO PERLADO

Algo que marca un hito en la historia del novelista francés Camus sucedió, precisamente en 1942, con la aparición de "L'Etranger". Si su pensamiento filosófico se ofreció casi al mismo tiempo en "Le Mythe de Sisiphe" y más tarde en "L'homme revolté", "L'Etranger" y "La Peste", señalan el camino cruzado por este inteligente atormentado y excelente estilista.

Hemos decidido analizar "L'Etranger". Supone este análisis el haber escogido la peor parte. "La Peste", una de las novelas más importantes de la postguerra europea, podría convidarnos a una honda y abierta meditación; "L'Etranger", a un angustioso examen de conciencia.

LE DESERTEUR DU MONDE

Pierre-Henri Simon, recientemente, sintetizó la tesis del autor como "desertor del mundo". Esta última expresión que el doctor Wilhelm Josef Revers empleó al comentar la enfermedad de Werther, el inmortal personaje de Goethe, es la que nosotros usaremos para definir y mostrar aptitudes y tendencias.

Mersault —explica Sinnon—, el narrador y protagonista de "El Extranjero", es un medio fracasado intelectual que conserva un insignificante empleo burocrático en Argel. En el primer capítulo acaba de fallecer su madre y él asiste al entierro sin poder llorar una sola lágrima por ella. Después, toma una amante con la cual se goza nadando en las aguas del mar en una costumbre sin amor. Algunas circunstancias concurren, al parecer fortuitamente; entre ellas la amistad con un tal Raimundo, honrado trabajador de su oficio, pero que enreda a Mersault en un asunto de mujeres, hasta que cierto día, aturdido por el sol del mediodía y en plena playa, dispara sobre unos árabes amigos de Raimundo y mata a uno de ellos. Prisión, juicio. Mersault se defiende mal; en el fondo su historia no interesa; las cosas pasan sobre él impasiblemente. Es, pues, un "extranjero" en su propio mundo. No le concierne nada sino la alegría de sus baños en la playa, la dulzura de sus tardes en Argel y el amor físico. No se deja dominar por la cólera ni

piensa en Dios, nada de esta existencia absurda. "Para que todo sea consumado, para que me sienta menos sólo —afirma— me quedaba esperar que el día de mi ejecución haya muchos espectadores y que me reciban con gritos de odio."

PRIMERA REFLEXION: EL TIEMPO Y EL ABURRIMIENTO EN LITERATURA

Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo. "Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias." Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer. El asilo de ancianos está en Marengo, a ochenta kilómetros de Argel. Tomaré el autobús a las dos y llegaré por la tarde. De esa manera podré velarla y regresaré mañana por la noche.

Estas primeras frases de la novela dan ya una original estampa del tiempo en literatura. Verbo en presente para asombrar la acción. Estilo conciso que continuará todo a lo largo de la obra con sólo una ligera variante en las páginas finales que elevará el tono dramático, y juego de presente y futuro; el tiempo como sorpresa, el tiempo como realidad, pero también como imaginación.

"Tomé el autobús a las dos. Hacía mucho calor." Y más tarde: "Corrí para alcanzar el autobús. Me sentí adormecido, sin duda, por la prisa y la carrera, añadidas a los bocinazos, al olor a gasolina y a la reverberación del camino y del cielo. Dormí casi todo el trayecto. Y cuando desperté estaba apoyado contra un militar y me preguntó si venía de lejos. Dije "sí" para no tener que hablar más."

Sensaciones físicas. El calor. El calor estará representado en casi todas las páginas. Albert Camus publicó un libro titulado "Noces", aparecido en 1938. En él relata las bodas del paganismo existencial de la juventud argelina con el cielo, el sol y el mar. Desde su nacimiento en 1913, Camus, temperamento profundamente sensual mediterráneo, conserva en su vida y sus escritos el sabor de las sensaciones físicas como un tesoro de prodigiosa sensibilidad. Mersault será su espejo, un modelo en su género. Y los colores, los olores, todo el placer intenso de vivir lo cotidiano en sus más imperceptibles facetas, saldrá continuamente por su temperamento de hombre superficial. Y cuando despierta —cuenta— en aquel autobús de las sensaciones, rechaza secamente al primer hombre que le interroga. *Dije sí para no tener que hablar más.* Será siempre su actitud ante el prójimo; cerrarse en sí mismo con candados.

Cuando mamá estaba en casa pasaba el tiempo en silencio, siguiéndome con la mirada. Durante los primeros días que estuvo en el asilo

lloraba a menudo. Pero eso por la fuerza de la costumbre. Al cabo de unos meses habría llorado si se la hubiera retirado del asilo. Siempre por la fuerza de la costumbre.

Si alguno hizo constar la influencia que las madres de los grandes escritores producen en la vida, el pensamiento y la orientación de éstos, interesante sería el estudio de la personalidad materna proyectada sobre los personajes. Mersault tendrá una inusitada enfermedad, la misma que, según él, ya tenía su madre: esa fuerza de la costumbre, la inveterada trayectoria de la vida que viene arrastrada por el hábito, por una rara abulia. Es aquí donde comienza el virus del sobrecogedor mal que atacará a Mersault en todas las páginas; el tiempo lento, el tiempo incapaz de moverse, en una palabra: el aburrimiento.

Nos adentramos de lleno en una concepción filosófica. La angustia actual orientada hacia el tiempo. Meumann, Kierkegaard, Heidegger, dan a conocer diversas teorías sobre "ser" y "tiempo". En el aburrimiento precisamente descubrimos en la forma más penetrante el "ser" en el "tiempo".

¿Qué es aburrimiento? "En el principio era el aburrimiento", dice Kierkegaard. Y añade: "El aburrimiento es la repetición de lo siempre idéntico. No se debe repetir nada." Junger dirá: "El aburrimiento es la disolución del dolor en el tiempo", y Shopenhauer reducirá los dos movimientos polares de dolor y saciedad en deseo y aburrimiento.

¿Pero qué es al fin? Ciertamente es difícil adivinarlo. Sabemos de Mersault que era aburrido: ello nos interesa. Cuando contemplamos analíticamente su "caso clínico", su impasible y enmarañada existencia de procesado, aburrido, podremos ver cuánto influyó el aburrimiento en su condenación moral.

El director me habló aún. Pero casi no le escuchaba. Unas páginas más adelante dice: *Me pareció que lo que contaba era apropiado e interesante.* Aquí aparece por vez primera la palabra interés, clave de Mersault en su manera de proceder. "El interés elige, destaca unas cosas y rechaza el fondo de otras", señala Revers (1). Y comenta que la verdadera antítesis del interés no es el aburrimiento, sino la indiferencia. Pero ya la indiferencia —está ahora Mersault en el asilo de ancianos, momentos antes de velar a su madre— explica el proceso que va a seguir.

Me ofreció entonces traerme una taza de café con leche. Como me gusta mucho el café con leche, acepté, y un momento después regresó con una bandeja. Bebí. Tuve deseos de fumar. Pero dudé, porque no

---

(1) Dr. Wilhelm Joseph Revers: *Psicología del aburrimiento.* "Revista de Occidente", 1954, Madrid.

sabía si podía hacerlo delante de mamá. Reflexioné. No tenía importancia alguna. Ofrecí un cigarrillo al portero y fumamos.

En primer lugar, una confesión desnuda. El hombre de "la honradez desesperada" se explica como un niño. Placer más infantil, más primitivo que gustar del café con leche y confesarlo, pocas veces se da. En segundo lugar, un titubeo. Mersault duda ante el placer y el sentido social de la muerte. Sin preocuparse de la persona muerta, de su sentido afectivo, está indeciso. Pero reflexiona. No tiene importancia alguna. Con ello demuestra su manera de pensar y exhibe su interior. Más tarde, "los otros" harán de él y de sus palabras motivo de escarnio.

... Ofrecí un cigarrillo al portero y fumamos... Después no le presté mucha atención... Yo no veía lo que hacía. Pero por el movimiento de los brazos me pareció que tejía. La temperatura era agradable, el café me había recalentado y por la puerta abierta entraba el aroma de la noche y de las flores. Creo que dormité un poco. Siempre las sensaciones de los sentidos. Por esta "honradez" incomprensible le juzgarán. Por sentir antes el estremecimiento físico de la naturaleza que el intenso dolor de una madre muerta.

Me despertó un roce. Como había tenido los ojos cerrados, la habitación me pareció aún más deslumbrante de blancura. Delante de mí no había ni la más mínima sombra, y cada objeto, cada ángulo, todas las curvas, se dibujaban con una pureza que hería los ojos. Es el mismo sentimiento que le ocurrirá en la playa, semanas después, al matar a tiros por causa del sol. El temblor vivísimo de la luz le repercutirá siempre. Jhon Brow en su "Historia de la Literatura Americana" habló como tantos otros de los dos tipos centrales de personajes en la novela moderna: el hombre "interior" psicológicamente estudiado por Proust, Dostoiewsky y los rusos y el hombre "exterior", que obra en virtud de las sensaciones más que de los pensamientos, como "El Extranjero", de Camus. Sensación es aquí todo lo que ocurre. Sensaciones que van de la luz a las personas. Mersault las evade: las ama, pero las teme. *Por un momento tuve la ridícula impresión de que estaba allí para juzgarme,* dice. Ya aquí se esboza este problema kafkiano del reo impotente, del procesado que nada puede hacer. Mersault lo explica refiriéndose a los amigos de su madre que le acompañan a velar el cadáver; pero son ya "sensaciones" estos amigos y llegan a ser para él hasta fenómenos. El análisis recae en una de estas sensaciones: una mujer llora la desgracia cerca de Mersault. *Yo estaba asombrado porque no la conocía. Hubiera querido no oírla más,* confiesa. El sentimiento de hijo es, pues, nulo. El recargar la "sensación" de llanto le lleva a odiar la propia sensación.

Todo esto es su universo; Camus lo describe con gran lujo de detalles. Esta habitación será el principio de las acusaciones: de aquí partirán. Un jurado que ocupará la segunda parte de la novela averiguará lo que ha sucedido en esta habitación y los pormenores del absurdo. La habitación, como la describe Camus, *tenía* que influir interiormente en Mersault. Pero la *sorpresa* es que no influye. *Sólo de cuando en cuando oía un ruido singular y no podía comprender qué era. A la larga acabé por adivinar que algunos de los ancianos chupaban el interior de las mejillas y dejaban escapar unas raros chasquidos.* Volvemos a la insignificancia de los detalles y a la nimiedad en la observación. *Tenía la impresión de que aquella mujer, acostada en medio de ellos, no significaba nada ante sus ojos. Pero creo ahora que era una impresión falsa. Todos tomamos café, servido por el portero. Después no sé más. La noche pasó.* Aquí termina el escenario donde reposa la madre muerta. Camus no dice más. Tan sólo algún pormenor sobre los rostros y la respiración. Y en seguida el absurdo, la personalidad desnuda de Mersault. *Al salir, con gran asombro mío, todos me estrechan la mano, como si esa noche, durante la cual no cambiamos una palabra, hubiese acrecentado nuestra intimidad.* Colin Wilson, en su ya famoso libro "The Outsider" (2), descubre un mandamiento: "Sé un desplazado", que él atribuye a Camus. "Sé un desplazado" es la orden de autómata que da Camus a Mersault. Ya sale de la habitación como "apartado", como "extraño", como "extranjero"; ya seguirá así, incomprendido e irremediable "desertor", durante toda la novela.

Unas palabras sobre el "desplazado" antes de seguir adelante. Wilson, en su libro, lo señala como "el indiferente" por excelencia, el no pensador. El tipo de Mersault, dice, se acerca menos al de Barbusse y más al de Eliot en "Waste hand" o al de algunas novelas de Wodehouse. Pero lo que nos sorprende en Camus, añade, es que "no hay la menor huella de que el autor entienda que pudiésemos juzgar a Mersault como *haragán inútil*". He aquí la palabra. E. Meumann explica: "El tiempo vacío es largo. El tiempo parece vacío porque el sujeto está vacío." Aquí el *haragán* Mersault no es tal; ocupa con vacío su tiempo porque él está totalmente vacío. Lo único que le podría justificar es su *sentido de irrealidad.* La misma habitación que acaba de abandonar le es ya irreal. Vuelve a las sensaciones. *Tomé café con leche, que estaba muy bueno.* Sale al aire libre. *Hacía mucho que no iba al campo y sentía el placer que habría tenido en pasearme de no haber sido por mamá.* Está apresada su libertad. Wilson comenta que

(2) *El desplazado,* de Colin Wilson. Colección Taurus. Madrid, 1957.

Camus, en esto, se parece a otro gran escritor, Hemingway. Los dos abordan el problema de la libertad. Camus aquí lo desmenuza, lo descompone. Más adelante, en la descripción del entierro, para no enfrentarse directamente con la libertad, volverá a los mil detalles envueltos en una bruma de irrealidad. *Yo estaba un poco perdido entre el cielo azul y blanco y la monotonía de aquellos colores, negro viscoso del alquitrán abierto, negro opaco de las ropas, negro lustroso del coche. Todo esto, el sol, el olor del cuero y del estiércol del coche, el del barniz y el del incienso y la fatiga de una noche de insomnio, me turbaban las miradas y las ideas.* Wilson señala la semejanza entre Camus y Kafka. Kafka toma y ofrece el sentido de la irrealidad mediante el empleo deliberado de una técnica de sueño; Camus, mediante una técnica de sensación. *La tierra color y sangre que rodaba sobre el féretro de mamá, la carne blanca de las raíces que se mezclaban, gente aún, voces, el pueblo la espera delante de un café, el incesante ronquido del motor y mi alegría cuando el autobús entró en el nido de luces de Argel y pensé que iba a acostarme y a dormir durante doce horas...*

Y unas páginas más tarde aparecerá, desnudo, su aburrimiento: *Después del almuerzo me aburrí un poco y crucé por el departamento.*

La primera fase de la estructura genética del aburrimiento es la hipertensión: "una indiferencia a la cual el sujeto se abre con estupor, que conducirá más tarde al agotamiento". Mersault, al volver del entierro, tiene una aventura amorosa y tras ella —el entierro sucede en viernes; la aventura, en sábado— llega un día aciago para Mersault: el domingo. Camus derrama todas sus dotes de narrador en este domingo argelino, concebido, sin embargo, a la manera francesa y, por tanto, europea; un domingo de hastío, apático, tristón, vacío. *Pensé que era domingo y me fastidió, no me gusta el domingo.* En esta frase se condensa el "Tediun", como llamaba Casiano en sus libros a la "affinis tristitiae", al "vecino de la tristeza". *Me di vuelta en la cama, busqué en la almohada el olor a sal que habían dejado allí los cabellos de María, y dormí hasta las diez. Luego estuve fumando cigarrillos hasta mediodía, siempre acostado. No quería almorzar en el restaurante de Celeste como de costumbre, porque indudablemente me hubieran formulado preguntas, cosa que no me gusta. Cocí unos huevos y los comí solos, sin pan, porque no tenía más y no quería bajar a comprar. Después del almuerzo me aburrí un poco y erré por el departamento.*

La hipertensión está manifiesta en la aventura con María y en el contacto con el domingo. Tras un relajamiento carnal y una apatía en el día que empieza, viene un desmadejamiento general; lo que

se ha llamado también el "dulce estenuamiento". El aburrimiento ha comenzado. Mersault, como pudiera decir Revers, tiene "en contraposición una existencia solitaria contemplativa y una existencia activa configuradora de su comunidad". Ni siquiera siente angustia por el domingo. Duerme. Está fatigado. "El sueño —como explica Meumann— es el último refugio en el cual se puede huir del aburrimiento. Pero si el sujeto está despierto, entonces huye a la conciencia despierta y crítica, la cual le revela su propia vacuidad en la vacuidad del tiempo." *Un poco más tarde —cuenta Mersault—, por hacer algo, cogí un periódico viejo y lo leí. Recorté un aviso de las sales Kruschen y lo pegué en un cuaderno viejo donde pongo las cosas que me divierten en los periódicos. También me lavé las manos y para concluir me asomé al balcón.* Estos son sus detalles. La inactividad, el aburrimiento subjetivo. Después de la hipertensión —sábado— viene la distensión —domingo—, que es el resultado de unir la saciedad y la seguridad. Mersault acaba de descansar tras sus necesidades satisfechas. Se asoma al balcón. Aquí Camus es el gran estilista que triunfa sobre Mersault, el gran incomprendido. *Mi cuarto da sobre la calle principal del barrio —empieza—. Era una hermosa tarde...* Y más adelante continúa la admirable descripción:

La calle quedó poco a poco desierta. Creo que en todas partes habían comenzado los espectáculos. En la calle sólo quedaban los tenderos y los gatos. Sobre las higueras que bordeaban la calle el cielo estaba límpido, pero sin brillo. En la acera de enfrente el cigarrero sacó una silla, la instaló delante de la puerta y montó sobre ella apoyando los dos brazos sobre el respaldo. Los tranvías, un momento antes cargados de gente, estaban casi vacíos. En el cafetín Chez-Pierrot, contiguo a la cigarrería, el mozo barría aserrín en el salón desierto. Era realmente domingo. Un ritmo peculiar nos lo demuestra. Camus relata, sencillo y calmoso, una lenta visión. Al fin, el atardecer llega como un cuadro impresionista. *Las lámparas de la calle se encendieron bruscamente e hicieron palidecer las primeras estrellas que surgían en la noche. Sentía fatigárseme los ojos mirando las aceras con un cargamento de hombres y de luces. Las lámparas hacían relucir el piso grasiento y con intervalos regulares los tranvías volcaban sus reflejos sobre los cabellos brillantes, una sonrisa, o una pulsera de plata. Poco después, con los tranvías más escasos y la noche ya oscura, sobre los árboles y las lámparas, el barrio se vació insensiblemente, hasta que el primer gato atravesó lentamente la calle de nuevo desierta. Pensé entonces que era neçesario comer. Me dolía un poco el cuello por haber estado tanto tiempo en el respaldo de la silla. Bajé a comprar pan y pastas. Cociné, comí de pie. Quise fumar*

aún un cigarrillo en la ventana, pero sentí un poco de frío. Cerré los vidrios y, al volver, vi por el espejo un extremo de la mesa en el que estaban juntos la lámpara de alcohol y unos pedazos de pan. Pensé que, después de todo, era un domingo de menos, que mamá estaba ahora enterrada, que iba a reanudar el trabajo y que, en resumen, nada había cambiado.

He aquí a Camus estilista. Como se puede ver inmediatamente, sus mayores rasgos descansan sobre las luces, las sombras y los sonidos imperceptibles. Al final del largo párrafo el aburrimiento del domingo deja un poso. Mersault reflexiona por primera vez en la tarde. Antes el ocio no le había permitido reflexionar; parece una paradoja. "El ocio —se ha dicho— es una actitud de tranquilidad comparada con la actitud de acción intensa. Ocio es un estado entre la vigilia tensa y el profundo sueño sin tensión." En el ocio de Mersault lo único que se desentumece con el tiempo inmóvil es su cuello, dolorido por la postura. Pero no su inteligencia, ni siquiera su emoción. Tal vez Mersault es en este domingo extático y eterno "un hombre completamente distinto, situado bajo condición natural y sociológica distinta a su círculo, por ejemplo, en su pasiva entrega a los acontecimientos".

WERTHER Y MERSAULT

La oficina donde Mersault trabajaba y el ambiente donde se desenvuelve también le refleja. Quisiéramos, como hemos señalado al principio del artículo, proponer una comparación. Hay una vieja y sabia figura literaria que durante mucho tiempo ha representado un verdadero tipo de pensamiento original: Werther, de Goethe. El Mersault, de Camus, tiene muchas coincidencias con él. "Werther —dice Revers en su "Psicología del aburrimiento"— es una pelota con que juega lo que casualmente le excita, mueve y pone en tensión. Vive en actitud de esperar sucesos y acontecimientos que puedan cautivar su atención. Su vida se agota en el goce de valores mundanos. Su sensibilidad es busca de sensaciones; es el histérico del espíritu, apetece todo lo que le impresiona, espera que todos sus deseos le sean satisfechos. Se suma en tristeza por cuanto le rodea, e incluso goza esta tristeza. Se imagina un mundo circundante que le es hostil, porque no satisface espontáneamente los deseos que él, por su parte, es demasiado débil para satisfacer, pero que, sin embargo, no puede negarse. Werther es gozador y panteísta. Todos los valores ultramundanos ceden ante los mundanos y el amor sexual es el valor absoluto

en esta obra. *Así vive aislado Werther, metido en sí, como desertor del mundo, como un extraño en el mundo y en su siglo.* Todo esto, el aislamiento, el egolatrismo y el cultivo del goce muestran un cierto parentesco del aburrimiento como el mal del siglo.

Analicemos ahora a Mersault:

1. *El patrono estuvo amable. Me preguntó si no estaba demasiado cansado y quiso saber también la edad de mamá. Dije "alrededor de los sesenta para no equivocarme y no se por qué pareció quedar aliviado y considerar que era un asunto concluído".*

2. *Antes de abandonar la oficina para ir a almorzar me lavé las manos. Me gusta mucho ese momento a mediodía. Por la tarde encuentro menos placer, porque la toalla sinfín que utilizamos está completamente húmeda; ha servido durante toda la jornada.*

3. *Comí rápidamente y tomé café. Luego volví a mi casa; dormí un poco porque había bebido demasiado vino y al despertar tuve ganas de fumar, era tarde y corrí para alcanzar un tranvía. Trabajé toda la tarde. Hacía mucho calor en la oficina y cuando salí al atardecer me sentí feliz caminando de vuelta lentamente a lo largo de los muelles. El cielo estaba verde. Me sentía contento. Sin embargo, volví directamente a mi casa porque quería prepararme unas patatas hervidas.*

4. *Una conversación: Yo continuaba escuchándole. Había bebido casi un litro de vino y me ardían las sienes. Como no me quedaban más cigarrillos fumaba los de Raimundo. Los últimos tranvías pasaban y llevaban los ruidos ahora lejanos del barrio.*

5. *Una situación: Me era indiferente ser su camarada y él realmente parecía desearlo. Cerró el sobre y terminamos el vino. Afuera todo estaba en calma y oímos deslizarse un auto que pasaba. Dije: Es tarde. Raimundo pensaba lo mismo. Hizo notar que el tiempo pasaba rápidamente y en cierto sentido era verdad. Tenía sueño, pero me costaba levantarme. Debía de tener aspecto fatigado, porque Raimundo me dijo que no había que dejarse abatir. En el primer momento no comprendí. Me explicó entonces que se había enterado de la muerte de mamá, pero que era una cosa que había de llegar un día u otro. Era lo que yo pensé.*

6. *Una proposición: Me declaró que iba a hablarme de un proyecto que había muy vago... Ello me permitiría vivir en París y también viajar una parte del año. "Usted es joven y me parece que es una vida que debe de gustarle." Dije que sí, pero que en el fondo me era indiferente.*

7. *Volví a mi trabajo. Hubiera preferido no desagradarle, pero no veía razón para cambiar de vida. Pensándolo bien, no me sentía*

desgraciado. Cuando era estudiante había tenido muchas ambiciones de ese género, pero cuando tuve que abandonar los estudios comprendí muy rápidamente que no tenían importancia real.

8. *La costumbre: Le dije al viejo Salamano que podría tener otro perro, pero me hizo notar con razón que estaba acostumbrado a éste.*

No había sido feliz con su mujer, pero en conjunto se había acostumbrado a ella.

Por otra parte —agregué sobre la muerte de mi madre—, hacía mucho tiempo que no tenía nada que decirme y que se aburría sola.

9. *El aburrimiento específico: Bostecé y el viejo me anunció que iba a marcharse.*

Pero todo en el fondo no tenía gran utilidad y renuncié por pereza.

10. El sol, como resumen de las sensaciones: *En la calle, por el cansancio y también porque no habíamos abierto las persianas, la claridad del día lleno de sol me golpeó como una bofetada.*

El sol caía casi a plomo sobre la arena y el resplandor en el mar era insoportable. Yo no pensaba en nada porque estaba medio amodorrado con tanto sol sobre la cabeza desnuda.

Cuando Raimundo me dió el revólver el sol resbaló encima.

11. El sol y el asesinato: *Todo aquel calor pesaba sobre mí y se oponía a mi avance. Y cada vez que sentía el poderoso soplo cálido sobre el rostro apretaba los dientes, cerraba los puños en los bolsillos del pantalón, me ponía tenso todo entero para vencer al sol y a la opaca embriaguez que se derramaba sobre mí.*

Estaba solo. Reposaba sobre la espalda con las manos sobre la nuca; la frente, en la sombra de la roca; el cuerpo, al sol.

Tenía los ojos ciegos detrás de esta cortina de lágrimas y de sol. No sentía más que los címbalos del sol sobre la frente, que indistintamente la refulgente lámina surgida del cuchillo, siempre delante de mí. La espada ardiente me roía las cejas y me penetraba en los ojos doloridos. Entonces todo vaciló.

SEGUNDA REFLEXION: LA MORAL DE MERSAULT

"El Extranjero", en su primera parte, termina con esta frase: *Entonces tiré aún cuatro veces sobre un cuerpo inerte en el que las balas se hundían sin que se notara. Y era como cuatro breves golpes que daban en la puerta de la desgracia.*

La desgracia, la cárcel, la incomprensión se abren en la segunda parte: el proceso. Pero el aburrimiento aquí va unido ya a una extraña moral. La novela marcha hacia un desenlace en donde surgirá

la sinceridad. Notaremos al ver la descripción que de la cárcel hace Camus un "horror loci" manifiesto. El "horror loci" es desconcierto, inquietud, anhelo de lo lejano, anhelo de comunidad activa. Esto procede de la distancia del yo al espacio y tiempo que vive en la tensión y contraposición del yo mundo. *Nadie puede imaginarse lo que son las noches en las cárceles,* dice Mersault. Vuelve el aburrimiento:

Fuera de estas molestias no me sentía demasiado desgraciado. Una vez más, todo el problema consistía en matar el tiempo.

Para quitar el aburrimiento acudirá al recuerdo. Es interesante analizar los componentes del aburrimiento. "Kierkegaard muestra que una investigación del aburrimiento debe acusar la diferencia entre repetición y recuerdo. El aburrimiento y el recuerdo se excluyen mutuamente. El aburrimiento se origina donde la rítmica de la repetición —sin recuerdo— se entumece en una seria cerrada de momentos casuales."

A partir del instante en que aprendí a recordar —dice Mersault— *concluí por no aburrirme en absoluto.* Pero Kierkegaard aún añade una diferencia: la del aburrimiento como genialidad inmediata y el aburrimiento como inmediatez adquirida. La cuestión es si el "momento" es "átomo del tiempo" o "átomo de la eternidad".

En Mersault hemos pasado del trato con el mundo —primera parte de la novela— concebido a la manera de un juego, a la total inactividad —segunda parte— o aburrimiento subjetivo. "Cuando no estamos ocupados realmente con las cosas y con nosotros mismos —dice Heidegger— (3) nos sobrecoge, nos invade esa "totalidad", por ejemplo, en el aburrimiento. Este aburrimiento patentiza al ente en su totalidad."

Comprendí entonces —añade Mersault— *que un hombre que no hubiera vivido más que un solo día podría vivir fácilmente cien años en una cárcel. Tendría bastantes recuerdos para no aburrirse. En cierto sentido era una ventaja.*

Mersault "el Extranjero", el "Extraño", recuerda. Comienza a no aburrirse. Ahora irá entrando en su "mundo de moral", que analizaremos. Mersault, como el Albert de Gautier, parece venir viejo a este mundo, lo conoce todo antes de haberlo vivido. Flaubert decía de sí mismo: "No tengo más que un inmenso, insaciable deseo, un terrible *ennui* y un constante bostezo." Baudelaire señalaba: "No saber nada, no aprender nada, no querer nada, no sentir nada, dormir y después volver a dormir, éste es hoy mi único deseo, un deseo infame, repulsivo, pero sincero."

---

(3) En "Was its Metaphysik"? Bonn, 1929.

Sin embargo, Mersault aún lucha una batalla que libra en su interior. *Al principio de la detención lo más duro fué que tenía pensamientos de hombre libre. Por ejemplo, sentía deseos de estar en una playa y de bajar hacia el mar.*

"Así transcurre toda la vida. Se busca el reposo combatiendo algunos obstáculos, y si se les salva, el descanso llega a ser insoportable por el aburrimiento que produce. Y es preciso salir de él y mendigar el tumulto, pues se piensa en las miserias que se tienen con las que nos amenazan. Y aun cuando nos viésemos al abrigo de todas ellas, el tedio por su propia autoridad no dejaría de salir del fondo del corazón, donde tiene raíces naturales, y llenar el espíritu con su veneno. Así, pues, el hombre es tan desgraciado que se aburriría, aun sin ninguna causa de tedio, por el estado propio de su condición natural, y tan vano es que, teniendo mil motivos esenciales de tedio, la menor cosa, como un billar y una bola que empuja, basta para divertirle."

Esta larga cita de Pascal nos resume y sintetiza todo el problema.

UNA "MORAL DE SITUACIÓN"

Toda la novela, como toda la obra del autor, es algo más que una acción permanente. Oculto en cada palabra hay una significación. No la llamaríamos literatura simbólica, pero sí literatura representativa. Camus hará de su novela una sátira que, por otra parte, y como consecuencia de ella, terminará en protesta. Camus protesta de los valores y las reglas que el mundo exterior —unas veces lo sobrenatural y otras lo subconsciente— le puede sugerir. Es como si tuviera miedo de que ese mundo superior o inferior pudiera un día cualquiera llegar a atarle las manos. Prefiere construir su propio código de costumbres, prescindiendo de las convenciones y vivir en el círculo de sus propias exigencias. En el fondo —ya casi lo estábamos descubriendo— está el latido de egoísmo, el pulso de la comodidad que no le deja acabar de una vez con su *individualismo*.

"La autonomía *individualista* de la conciencia", como la llama Pío XII, es el fundamento de lo que el mismo Papa denomina *Moral de situación* (4). En el caso de Camus, al persuadirle de que se acerque al catolicismo existe una barrera: Para que Dios entregue a un alma las riquezas espirituales es necesario cumplir fielmente unas concretas obligaciones morales.

---

(4) Pío XII: "La nueva moral existencialista" (18 de abril de 1952).

"Será conveniente —dice Pío XII— poner de manifiesto el vicio capital de esta nueva moral. Al dejar el criterio ético a la conciencia individual, celosamente encerrada en sí misma y convertida en árbitro absoluto de sus determinaciones, esta teoría, lejos de facilitarle el camino, la apartaría del camino real que es Cristo" (5). El sentido de Mersault es doble, un aparente —a veces sincero— indiferentismo ante la vida y un alto pedestal desde donde preside la *absurdidez* del mundo, con su personal autonomía.

Mersault, sin embargo, no quiere ni una sola insinuación que pueda inquietar su peculiar manera de vivir. Centrada la figura en el egoísmo, intenta por todos los medios no necesitar de la humanidad ni de la religión para consumir día tras día su existencia. Sostiene solamente su criterio basándose en su sentido común o en su conciencia personal, llena de sensualidades y naturalismos. Todo ocurre por causa de una, para algunos inadvertida, cobardía a enfrentarse con los riesgos de una ideología que haría sacrificar de un solo golpe su comodidad. Luego hablaremos de su paganismo.

Ya Albert Camus en su primer libro, "Noces", delataba esa falta de sentido común que lleva a no profundizar en nada para que nada preocupe. La juventud bulliciosa de Orán era una prueba; parte de la juventud europea actual es otra. En consecuencia, las dos juventudes deformadas no consiguen preparar más que un camino torcido y endeble a la madurez de su porvenir.

La rebelión de Mersault vendrá cuando aparezca la trayectoria de su vida, el proceso y la muerte —lo único que le dará pánico— y haya de enfrentarse descarnadamente con el problema. En la primera parte, sin embargo, no asoma aún la rebelión; ocurre que "el Extranjero" vive plenamente su "religión de la dicha" o "moral de cantidad", como la llama Charles Moeller (6); esta "moral de cantidad" es posible al rechazar la "moral de calidad". Por ella es preciso vivir "lo más posible", lo más superficialmente que se pueda y lo más atolondrada y vertiginosamente que permita el destino.

De esta falta de sentido, de esta carencia total de responsabilidad, nace inmediatamente una conclusión universal que grita, que bocifera Camus a los cuatro vientos. *La vida no tiene sentido.* Para Camus la vida no tiene sentido desde ninguna de sus facetas. ¿Comprensible? Sí. Mersault prescinde rotundamente de la faceta sobrenatural; la religión no interviene en su raciocinio. Solución: el único problema filosófico válido y con interés para Albert Camus es el suicidio.

---

(5) Pío XII: "La conciencia cristiana" (23 de marzo de 1952).
(6) Charles Moeller: *Literatura del siglo XX y Cristianismo.* Editorial Gredos. Madrid, 1955.

Bruscamente se levantó, se dirigió a grandes pasos hacia un extremo del despacho y abrió un cajón del archivo. Extrajo de él un crucifijo de plata que blandió volviéndose hacia mí. Con voz enteramente cambiada, casi trémula, gritó: "¿Conoce usted a Este?" Dije: "Sí, naturalmente." Entonces me dijo muy de prisa que él creía en Dios y que estaba convencido que ningún hombre era tan culpable como para que Dios no le perdonase, pero que para eso era necesario que el hombre, por su arrepentimiento, se volviese como un niño cuya alma está vacía y dispuesta a aceptarlo todo. Agitaba el crucifijo sobre mí. A decir verdad yo había seguido muy mal su razonamiento, ante todo porque tenía calor, porque unos moscardones se posaban en mi cara y también porque me atemorizaba un poco. Me daba cuenta al mismo tiempo de que era ridículo, porque yo era el criminal después de todo. Sin embargo, continuó. Me interrumpió y me exhortó por última vez, irguiéndose entero y preguntándome si creía en Dios. Contesté que no. Se sentó indignado. Me dijo que era imposible, que todos los hombres creían en Dios, aun aquellos que le volvían la espalda. Tal era su convicción que si alguna vez llegaba a dudar la vida no tendría sentido. "¿Quiere usted —exclamó— que mi vida carezca de sentido?" Según mi opinión, aquello no me concernía y se lo dije. Entonces me puso el Cristo sobre la mesa y gritó: "Yo soy cristiano y pido a Este el perdón de tus pecados, ¿cómo puedes creer que no ha sufrido por ti?" Murmuró luego: "Nunca he visto un alma tan endurecida como la suya." Los criminales que han comparecido delante de mí han llorado siempre ante esta imagen del dolor. Iba a responder que eso sucedía justamente porque se trataba de criminales. Pero pensé que yo también era criminal. Era una idea a la que no podía acostumbrarme.

Este largo párrafo que describe Camus en "El Extranjero" dará una idea de la configuración pagana del autor. Más que ateísmo, más que antiteísmo, como afirma Moeller, existe en Camus un espíritu pagano indescifrable. Aquí nuestro novelista descubre sin darse cuenta algo de su secreto personal: *... pero que para eso era necesario que el hombre, por su arrepentimiento, se volviese como un niño cuya alma está vacía y dispuesta a aceptarlo todo.* Camus señala sinceramente el obstáculo. Mersault tendría que hacerse como un niño, para pedir perdón y Camus no está dispuesto a permitirlo. "Resulta sorprendente conocer el universo que este escritor nos entrega: limitado a la

tierra sola, a la sola vida humana, sin cambio directo hacia el cielo o hacia el infierno, a menudo sin infierno ni cielo, la vida es materialista, liquidada en el instante de la muerte, sin prolongación en ningún más allá. A falta de valores sociales comunes y válidos, cada hombre está obligado a vivir su propio destino y a encontrar su propia salvación y, por tanto, a seguir su propia ética sin sujetarla a una moral ni a una creencia común. Y ello como si las creencias intermediarias entre Dios y el hombre hubieran desaparecido" (7).

De esta forma confesará Mersault más adelante, cuando va a morir: *Me preguntó si no hablaba así por exceso de desesperación. Le expliqué que no estaba desesperado, simplemente tenía miedo, era bien natural.*

Mersault opone a la Gracia unos argumentos que —para algunos— parecerán ridículos y, en cambio, representan fielmente su concepto pagano de la vida. *A decir verdad yo había seguido muy mal su razonamiento* —recordemos que está cara a cara con el crucifijo—, *ante todo porque tenía calor, porque unos moscardones se posaban en mi cara y también porque me atemorizaba un poco.* Camus es un sensual de la naturaleza, sus primeros libros estaban cargados de belleza animal en los paisajes y en las multitudes. Durante toda su obra se reconocerán las huellas que ha dejado en sus ojos el mar Mediterráneo, el sol de Africa, los colores y las sensaciones de la juventud. Mersault mata a un árabe a causa del sol, y ahora Mersault opone a la Gracia lo único que tiene suyo: la sensibilidad para las cosas. Ese "tener calor", notar los moscardones sobre la cara y las molestias que sus sentidos perciben. Su indiferencia se refleja a veces en estos pequeños detalles. Camus nunca ha querido atacar ni defender a Cristo y a los cristianos. Tal vez algunas notas en "El hombre rebelde" sean duros juicios sobre el tema de Dios. Sin embargo, en toda su línea general, Camus se ha dedicado a mantener su postura al margen, despreciando un poco el diálogo y la discusión. La razón es que para él el problema de Dios *no quiere que tenga demasiada importancia.*

Aún dice Pío XII en su discurso citado anteriormente: "Esta moral no niega, sin más, los conceptos y los criterios morales generales, *sino que los desplaza del centro al último confín.*" Son las palabras de Mersault las que lo confirman: "Le dije que yo mismo no tenía por qué preguntarme si creía en Dios o no; *me parecía una cuestión sin importancia.*" El perfil, pues, de Camus está dibujado en el *paganismo.* Es raro encontrar esto en pleno siglo XX, en pleno París, en plena diatriba literaria universal sobre los conceptos sobrenaturales;

---

(7) René-Marille Albéres: *La rebelión en los escritores de hoy.* Emecé, 1953.

incluso encontrárselo en aquellos años en que, según Gabriel Marcel, el éxito de las obras de tema religioso (en pro o en contra) constituyó una de las características más destacadas, sobre todo en la temporada teatral 1951-1952. Es raro, pero es verdadero. Albert Camus no siente el tirón de la religión hacia un lado o hacia otro. El lo explica tan sinceramente que Moeller lo ha llamado "el hombre de la honradez desesperada".

Mersault, sin embargo, no puede aguantarse a sí mismo. Hay algo extraño e interesante que flota sobre su agua, aunque no se sabe con certeza lo que es. *Por tercera vez he rehusado recibir al capellán*, dice. *No tengo nada que decirle, no tengo ganas de hablar. Demasiado pronto tendré que verle. En este momento me interesa escapar del engranaje, saber si lo inevitable puede tener salida.* Y más tarde añade: *Era como si durante toda la vida hubiese esperado este minuto... y esta brevísima alba en la que quedaría justificado.*

Camus, pagano, describe en 1951 en "El hombre rebelado": *Cómo vivir sin la gracia es el problema que domina al siglo* XX. Su personaje, Mersault, es casi un símbolo. Camus ha logrado ensanchar sin esfuerzo el decorado, de tal forma que los horizontes se han hecho generales. En conjunto, se saca la impresión de que la *indiferencia* es una plaga extendida por todo el mundo y que pronto nos devorará por sus cuatro costados.

LA SALVACIÓN

Anteriormente ha habido unas palabras fundamentales que hemos subrayado. *Me exhortó por última vez preguntándome si creía en Dios. Contesté que no.* Este, a primera vista signo de ateísmo, es solamente un motivo de *indiferencia* en la narración. *En ese preciso momento* —contará luego Mersault— *entró el capellán. Cuando lo vi, sentí un ligero estremecimiento. El lo notó y me dijo que no tuviera miedo. Quedó un momento sentado. Levantó la cabeza bruscamente y me miró de frente. "¿Por qué —me dijo— rehusa usted mis visitas?" Contesté que no creía en Dios. Quiso saber si estaba bien seguro y le dije que yo mismo no tenía para qué preguntármelo; me parecía una cuestión sin importancia.* Mersault insiste de nuevo en su ateísmo y su paganismo. Gabriel Marcel ha explicado certeramente las tres posiciones: ateísmo, no hay ninguna razón para que Dios exista; antiteísmo, no puede pretenderse que Dios exista, es preciso que no exista; paganismo, no tiene demasiada importancia si Dios existe, no preocupa, no interesa.

Mersault está ya entonces jugándose la salvación. El diálogo con el capellán en su celda, días antes de su muerte, es esencial. *Volvió la mirada y, siempre sin cambiar de posición, me preguntó si no hablaba así por exceso de desesperación. Le expliqué que no estaba desesperado. Simplemente tenía miedo, era bien natural. "Entonces Dios le ayudará —hizo notar—. Todos cuantos he conocido en su caso han vuelto a El." Reconocí que estaban en su derecho. Probaba también que tenían tiempo para hacerlo. En cuanto a mí no quería que me ayudaran y precisamente no tenía tiempo para interesarme en lo que me interesaba. "Usted morirá más tarde si no muere pronto. El mismo problema se le planteará entonces. ¿Cómo afrontará usted la terrible prueba?" Yo sentí solamente que él comenzaba a aburrirme.* De nuevo se enfrentaba Mersault a la Gracia con sus sensaciones y el aburrimiento.

Me decía que, según él, la justicia de los hombres no significaba nada, y la justicia de Dios, todo. Hice notar que era la primera la que me había condenado. Me contestó que mientras tanto esa justicia no había lavado mi pecado. Le dije que no sabía qué era un pecado. Se me había hecho saber, solamente, que era culpable. Era culpable, pagaba, no se podía pedir más. Aquí están manifestadas dos cosas importantes. Mersault no sabe lo que es un pecado, no porque nunca los haya cometido, sino por su intencionada naturaleza pagana. *Prescinde* de la concepción pecado. *No quiere* saber su enorme interés en el juego de la vida. Camus había dicho ya hace unos años en su libro "Noces": *Hay palabras que nunca he comprendido bien, como la de pecado.* Ahora lo repite a un capellán en el interior de una celda. E inmediatamente apoya su argumento con una extraña frase en que explica que es culpable y paga; por tanto, no se le puede pedir más. En esto se refugia para defenderse de la acusación. Aplica el sistema que ya en la historia de la literatura simbólica había expresado Kafka. En "El proceso", el lector tiene la misma impresión: un hombre procesado y condenado al que "se le ha hecho saber solamente que es culpable de algo desconocido para él mismo, como le pasa a Mersault (8).

Sin embargo, aquí el capellán "pide más", le continúa acorralando para intentar introducir en él la Gracia divina. *"Se engaña usted, hijo mío —me dijo—, podrían pedirle más. Se lo pedirán, quizá." "¿Y qué, pues?" "Podrían pedirle que viera." "¿Que viera qué?" El sacerdote miró a su alrededor y respondió con voz muy vencida: "Sé que todas estas piedras sudan dolor. Nunca las he mirado sin*

(8) Albert Camus en: "El mito de Sísifo" - "La esperanza y lo absurdo en la obra de Kafka".

angustia. Pero, desde lo hondo del corazón sé que los más desdichados de ustedes han visto surgir de su oscuridad un rostro divino. Se le pide a usted que vea ese rostro." Me animé un poco. Dije que hacía meses que miraba estas murallas. No existía en el mundo nada ni nadie que conociera mejor. Quizá hace mucho tiempo que había buscado allí un rostro. Pero ese rostro tenía el color del sol: era el de mi amor con María. Ahora se acabó y en todo caso no había visto surgir nada de este sudor de piedra.

Mersault opone en este momento a la Gracia otra de sus múltiples sensaciones: la sensualidad. Pero está ya casi acorralado, lucha sin embargo, se excita, golpea, se defiende antes que rendirse. Incluso en la construcción gramatical de estas páginas encontramos un adverbio significativo: *Le contesté que, naturalmente, deseaba otra vida.* Mersault, pues, es lógico que desee otra vida, es razonable. ¿Cuál es la causa? Aparte del instinto de superación y elevación a que su paganismo de la vida le ha conducido, su teoría de lo *absurdo,* del *ridículo* y de la *indiferencia,* no puede colmarle. Necesita obligatoriamente algo que rompa los moldes de esta vieja humanidad cínica y farisea que está deseando verle morir. Diríamos que su rebelión su "hombre rebelado", es un grito más de esperanza en la independencia y un anhelo de mundo distinto en donde todo se transforma.

Sin embargo, en "El Extranjero" los acontecimientos se precipitan. *Quería aún hablarme de Dios, pero me adelanté hacia él y traté de explicarle por última vez que me quedaba poco tiempo. No quería perderlo con Dios. Ensayó cambiar de tema preguntándome por qué le llamaba "señor" y no "padre". Esto me irritó y le contesté que no era mi padre: que él estaba con los otros. "No, hijo mío —dijo poniéndome la mano sobre el hombro—, estoy con usted. Pero no puede darse cuenta porque tiene el corazón ciego. Rogaré por usted."*

"Entonces, no sé por qué, algo se rompió dentro de mí. Me puse a gritar a voz en cuello y le dije que no rogara y que más le valía arder que desaparecer. Parecía estar tan seguro, ¿no es cierto? Sin embargo, ninguna de sus certezas valía lo que un cabello de mujer. Ni siquiera estaba *seguro* de estar vivo. Yo parecía tener las manos vacías. Pero estaba *seguro* de mí, *seguro* de todo, más *seguro* que él, *seguro* de mi vida y de esta muerte que iba a llevar. Sí, no tenía más que esto; pero, por lo menos, poseía esta verdad, tanto como ella me poseía a mí. Yo había tenido *razón,* tenía todavía *razón,* tenía siempre *razón.* Había vivido de tal manera y hubiera podido vivir de tal otra. Había hecho esto y no había hecho aquello."

Ha llegado la explosión. Ha irrumpido estrepitosamente en el alma cargada. Ha hecho efecto el acorralamiento; que el hombre pa-

gano se defiende ya a gritos, a voces, a exclamaciones, y se agarra al último clavo ardiendo que le sostiene. Algo se ha roto dentro de Mersault; la cuerda tirante que ataba su paciencia ha sido rota por el mismo aire de la celda; se han roto sus nervios tensos, sus venas hinchadas. *Seguro, seguro, seguro,* repite Mersault como un alucinado. *¡Estoy seguro y tengo razón!* Ahora —en el último baluarte que le queda indefenso ante la Gracia— no hace más que disparar su nerviosismo para convencerse a sí mismo de que está seguro, seguro, seguro de todo, aunque él bien sabe que todo vacila y se tambalea, seguro de que siempre, a pesar de todo, a pesar de Dios —la torre de Babel de su autonomía individual—, tiene razón. Al fin se deja escapar entre las atropelladas afirmaciones, algo de su fundamental filosofía coridiana. *Había vivido de tal manera y hubiera vivido de tal otra.* Esto delata la causa de su caída. Elegir. Escoger. Escogió ser sensualista, egocéntrico, indiferente, absurdo, rebelde, pagano, casi escogió ser ateo. *Había hecho esto y no había hecho aquello.* Pero la hora ha sonado. Mersault en su prisión terrenal queda encerrado y Camus, desde su prisión existencial y simbólica, va a verle morir.

REQUIEM

Albert Camus tiene actualmente algo más de cuarenta y tres años. Nació en Mondovi (Argelia), sufrió económicamente durante sus estudios en la Facultad de Argel, fué vendedor de accesorios para automóviles, meteorólogo, oficinista, aficionado al teatro y estudiante. Se licenció en Letras y pasó enfermo varios meses con tuberculosis. Dirige luego una compañía teatral, "L'Equipe"; viaja luego por España, Italia, Checoeslovaquia. En 1938 publica su primera obra "Noces"; pasa a ser periodista en Argel y, más tarde, en París; sigue durante la liberación en la redacción de "Combat". En 1942, por consejos de André Malraux, publica "L'Etranger", luego (1943) "Le Mithe de Sisyphe", después obras de teatro y, tras un viaje a Estados Unidos, en 1946, escribe "La Peste". En 1951 aparece otro de sus ensayos filosóficos: "L'Homme Revolté", y en 1951, una nueva novela, "La Chute". En 1957 se le concede el Premio Nobel.

¿Y después? Era como si durante toda la vida hubiese esperado este minuto... y esta brevísima alba en la que quedaría justificado. Nada, nada tenía importancia y ya sabía bien por qué. También él sabía por qué. Desde lo hondo de mi porvenir, durante toda esta vida absurda que había llevado, subía hacia mí un soplo oscuro a través de

los años que aún no habían llegado, y este soplo igualaba a su paso todo lo que me proponían entonces, en los años no más reales que los que estaba viviendo. ¡Qué me importaban la muerte de los otros, el amor de una madre! ¡Qué me importaban su Dios, las vidas que uno elige, los destinos que uno escoge, desde que un único destino debe escogerme a mí, y conmigo a millones de privilegiados que, como él, se decían hermanos míos! ¿Comprendía, comprendía, pues? Todo el mundo era privilegiado. No había más que privilegiados. También a los otros los condenarían un día. También a él lo condenarían. ¿Qué importa si acusado de una muerte lo ejecutaban por no haber llorado en el entierro de su madre?...

En cuanto salió, recuperé la calma. Me sentía agotado y me arrojé sobre el camastro. Creo que dormí porque me desperté con las estrellas sobre el rostro. Me sentía pronto a revivir todo. Como si esta tremenda cólera me hubiese purgado del mal, vaciado de esperanza, delante de esta noche cargada de presagios y de estrellas, me abría por primera vez a la tierna indiferencia del mundo. Al encontrarlo tan semejante a mí, tan fraternal en fin, no comprendía que había sido feliz y que lo era todavía. Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, me quedaba esperar que el día de mi ejecución hubiese muchos espectadores y me reciban con gritos de odio.

Suponemos que horas después moriría Mersault en el patíbulo, en la horca, en la guillotina o en la silla eléctrica.

La última rendija se había cerrado para siempre. La luz no había conseguido entrar en la celda privada del personaje ni tampoco en el cerebro del autor. *Nada, nada tenía importancia y yo sabía bien por qué.* La muerte para un cristiano significa ordenar valores. Nada, pues, tiene importancia —para un moribundo que es cristiano— sino ese momento de la muerte total en donde pesa lo decisivo para la eternidad. Nada tampoco tiene importancia para Mersault —un pagano que está en la agonía— sino su personalidad, su altivez en las obras que ha hecho, su gallardía individual, su postura humana, "justificable". Para Mersault no tiene importancia Dios ni sus emisarios, no tiene importancia la Gracia ni sus convencimientos sobrenaturales.

En cuanto salió la Gracia de la habitación, Mersault recuperó la calma; ya había cesado la persecución. Dios mismo había dejado para siempre a un hombre angustiado. Ahora Mersault —él solo ya, solo con su comodidad, con su tranquilidad, con su hipócrita aburguesamiento— encuentra de nuevo su paz egoísta en la noche bellísima y en las estrellas, en la sensualidad de la naturaleza. De nuevo se preocupa de "su" problema particular, su humanidad abierta ante la "tierna indiferencia del mundo", a la cual él mismo se acoge indiferenciadamente,

y por fin, terminando el relato, su triste, su desoladora confesión, "Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo..." Este es nuestro *Requiem*. Solo, solitario en su soledad, muere Mersault, un oficinista de Argel, un doble de Albert Camus, Premio Nobel francés que empeñó su vida para ser el "mártir" del siglo xx por el absurdo.

José Julio Perlado.
Velázquez, 22, 3.° dcha.
MADRID